



"Nuevo Mundo", Madrid,  
2 enero 1920  
(Resquido en "De esto y de aquello",  
tomo IV)

G-172

## DISOLUCIÓN DE PROBLEMAS

D.—Pero ¿ve usted ese hombre de ciencia el empeño que pone en hacer ver que es un artista, que su labor artística es labor de arte y que la inspiración que le guía en sus métodos investigativos es de la misma especie que la inspiración de un músico, de un pintor, de un escultor, de un novelista, de un dramaturgo ó de un poeta?

M.—Sí que lo veo. Y ese empeño es tan significativo como el fingido desdén que hacia los artistas muestran otros hombres de ciencia menos sinceros que ese á que te refieres.

D.—¿Y es un artista?

M.—Creo que sí; creo que lo es. Y, en efecto, no pocos descubrimientos científicos se deben á inspiración artística. Y, desde luego, para escribir un libro de historia viva, que es ciencia, hace falta más aliento poético que para escribir una novela. Es más creación; es decir, poesía, resucitar á Julio César, ó á Felipe II, ó á Napoleón, que no inventar un héroe de ficción, aunque sea Hamlet, ó el rey Lear, ó Don Quijote, ó Don Juan Tenorio, ó Fausto, ó el Padre Goriot, ó madame Bovary, ó Brand.

D.—Y ¿cómo la fama de los grandes creadores, músicos, pintores, escultores, poetas, forjadores de pueblos, caudillos, es más duradera y más extensa que la de los grandes especialistas de ciencia?

M.—El pueblo recuerda á los que han hallado alguna aplicación útil de la ciencia mejor que á los descubridores de verdades. Hoy mismo Edison, con ser más que inventor un empresario de invenciones, es más popular que los físicos verdaderamente originales y descubridores de principios científicos. El que descubre un principio teórico, una nueva verdad fundamental, rara vez se hace popular. Y eso aunque su nombre pase á los manuales didácticos, de enseñanza elemental. ¿Es popular Mariotte? ¿Lo es Sadi Carnot? ¿Lo es Avogrado? ¿Lo es ninguno de esos cuyo nombre suele ir unido al de una ley de física, de química, de fisiología, á un teorema de matemáticas? ¿Es acaso la fama de Copérnico, de Newton, de otros genios científicos más honda y extensa que la de Shakespeare, ó Cervantes, ó Goethe, ó Víctor Hugo?

D.—¿Y esc...?

M.—¡Aht, es que el atormentado y tormentoso linaje humano recuerda mejor á los que mejor le sirven...

D.—¿Y quiénes le sirven mejor, entonces?

M.—Los que mejor le consuelan al hombre de haber nacido condenado á muerte.

D.—¿Y es que no nos consuela el que descubre un principio racional nuevo, el que halla una nueva verdad?

M.—No, nos consuela más; nos sirve mejor el que crea una ilusión nueva.

D.—Pero ¿es que una nueva verdad no es una ilusión nueva acaso?

M.—Una nueva verdad suele ser una nueva desilusión. La verdad es casi siempre torturadora, y en todo caso, para nuestro consuelo, indiferente. ¡Si vieras qué consuelo le da á un tísico el saber que se conoce el microbio que produce la tisis! ¡Y qué consolador es cuando sólo se tiene tres pesetas saber que

con dos más hacen cinco y no ciento ó mil! Y pongo el caso más grosero, así, en caricatura.

D.—¿Y es mejor vivir de engaños?

M.—Lo terrible es que el engaño, cuando se sabe que lo es, no consuela porque no engaña. Pero, á pesar de todo... ¿Qué profundidad en aquello de «creo porque es absurdo!»

D.—Pero ¿es locura?

M.—¿Y quién te lo niega? Y el mundo quiere á los que lo enloquecen, pero siempre que tengan el supremo arte de hacerle creer que le están dando realidad. Los pueblos se enamoran del que sabe llevarles á la muerte haciéndoles creer que es á la vida adonde les lleva. Y se revuelven contra el que les dice la verdad cuando esa verdad es muy verdadera.

D.—Sin embargo, ahí están Job, y el Eclesiastés, y...

M.—Sí, sí, hay un áspero placer en hurgar la herida central del alma; hay una cierta voluptuosidad de la desesperación; hay el goce de la queja, pero...

D.—Hay el goce de conocer la verdad por la verdad misma, por desesperante y desoladora que sea.

M.—Sí, y el de abismarse en la nada, que viene á ser lo mismo.

D.—¿Entonces?

M.—Pero ¿á ver cuántos encuentras que sientan el supremo valor de la contradicción íntima? ¿No has visto la legión de mentecatos que se irritan contra el que refleja en sus obras de arte, como en un espejo, la contradicción íntima de la realidad viva, la realidad que es contradictoria? ¿No has visto cómo todos los majaderos se desesperan al topar con un hombre que sea ateo y deísta y panteísta á la vez, dogmático y escéptico, conservador y revolucionario, anarquista y socialista, creyente é incrédulo, pesimista y optimista, que sea tal y antital á un tiempo? ¿Que sostenga que la realidad es un tejido de antinomias y que éstas no se resuelven en una ley superior, y que afirma que todo orden, por el mero hecho de serlo, es pasajero?

D.—Es que al pensador, al publicista, hasta al crítico y al historiador, le piden que dé solución á sus problemas...

M.—¡Sus problemas! Pero ¿es que hay problemas? Hay posiciones y basta. Y, en todo caso, eso que llaman sus problemas, los problemas, no tienen resolución. Un problema no se resuelve, se disuelve.

D.—¿Y con qué se disuelve?

M.—En otro problema. Un hombre sincero, amante de la verdad verdadera, de la que ahoga las ilusiones, no puede contestar á una pregunta más que con otra pregunta. Por eso vale más crear ilusiones.

D.—¿Y si el que las crea no cree en ellas?

M.—Se lo conocen y no se lo perdonan. Porque, en realidad, es un creador de desilusiones. Mientras que el hombre de ciencia es un ingenuo, un cándido.

Miguel de Unamuno

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CRÉDITOS USALES